



Rosa DÍAZ (Sevilla, 1946). En su evolución creativa como poeta, existe una línea interior donde con una introspección metódica, sus palabras forman parte de un proceso ético, buscado en un *continuum* consciente o supraconsciente que da forma a su propia aventura de vivir. Sus últimas entregas el poemario *Esperando a Grenouille*, editorial Carena, Barcelona, 2013 y la novela *La importancia de llamarse T*, Ediciones en Huida, col. Extravaganza, otoño 2014.



Salmo responsorial

*Hazme justicia Señor/ porque soy inocente/
Porque he confiado en ti/ Y no en los líderes.*

Ernesto Cardenal

Porque soy inocente hazme justicia, Señor.
Salí a porfiar el salario. Pedí por mí y por mis enemigos.
Fui a por la dignidad.
Le puse fin al horario de la esclavitud,
al sábado y su tarde de oficina.

De los uniformes volví ilesa
cuando se alejaron los que se cuadraban ante el dictador.
Todo tenía que cambiar porque yo era mujer,
porque estaba en el sur del sur
y así lo decían los jóvenes arcángeles de la pana.

Fui la torpe, la menos diestra, pero ejercité mis manos y mis ojos
y cuando amamantaba a mis hijos espulgaba lentejas
y arreglaba la literatura oral.
Quité la sordina de las abuelas que seguían hilando el miedo,
el bisbiseo con el que las madres contaban su historia de familia.

Me ofuscó que cambiándolo todo,
todo pudiera quedar igual con los "Tancredi"
y sus desparpajos garibaldinos,
con las reflexiones "felinas" de don Fabrizio,
el de "Donnafugata"
y con los "Calogero" Sedàra y las hienas que habrían de venir.

Por aquel entonces,
yo afianzaba mis *gotas de sangre jacobina*
por si el sur podía alcanzar el norte.
Y poco más:

Mi patria era la tierra de mis padres y la suela de mi zapato.

Porque soy inocente hazme justicia, Señor.
Se movieron los parias de la tierra,
los latinos, los rumanos, los negros y los kosovares:

Pero yo no era latina,
ni rumana, ni negra ni kosovar.

Ahora estoy aquí en mitad de esta pandemia llegando al hábitat de la indigencia,
al rastrero engaño de las entidades,
a la ceguera degenerada que la letra pequeña entraña a veces.

Expulsada de mis cuatro paredes mi cama es ya un cartón,
la desidia de los jardines,
la búsqueda de los bancos del frío.
Ahora estoy aquí con mi último plato de lentejas que miro como oro,
como flujo de amor con el que sigo amamantando a mis hijos
y a los hijos de mis hijos.

Esto nada tiene que ver con la Gran Depresión.
Hoy no se arrojan al vacío los accionistas de Wall Street
ni hay financiero que ponga una bala frente a su paladar.

Esto es mío y de los míos,
de la mujer del albañil y del albañil,
de las muchachas que escupen las grandes superficies,
de las estrepitosas colas del paro sostenible o no sostenible.
También de la abuela y su miserable lista de supermercado.
De los autónomos, de los jóvenes, de los estudiantes,
de los bilingües que sirven café en horario de fines de semanas.
De los que suben la estadística del índice de trabajo
con una bochornosa remuneración.
De las limpiadoras de los hospitales.
De los médicos y los MIR que ven el caos,
la espera y las listas de esperas de las enfermedades espantosas,
de los que mueren de pie en las salas de urgencia.

Porque soy inocente hazme justicia, Señor.
Míranos con delicadeza
como se miran los que se acogen a los fueros
y nos hablan desde su opacidad.

Esto no es contra ellos.
Sus tiendas no están a punto de fracasar
ni ellos acorralados hasta la extenuación.
Ellos y ellas sonríen en los telediarios
contando su cuento chino con el contagioso lenguaje de los neo cínicos.

¿Qué es un neo cínic?
Nada que ver con Diógenes
y, sí, con alguien que usa el burladero para su propia indulgencia.
Una estafa que ampara el propio beneficio.

Que me diga el letrado, moderador de tanta avaricia,
¿dónde acaba el desamparo de mis hijos,
los honrados, los que solo aspiraban a vivir?

¿Con qué cuento le cuento el engañoso truco?

Ha venido un tanque a mi casa y yo no sé qué hacer con él.
Un tanque que tiene mi tamaño y mi ropa
y usa mi palabra como munición.
Y yo, que soy pacífica y he perdonado todas sus historias,
tengo que estar ahí porque no puedo ceder a tanta injusticia,
a tanto dolor como ésta produce.

¿Dónde está el collar de mis ilusiones,
el ágata que sueña en uno de mis dedos?
No en este sur ni en su tranquilidad, que ofende porque es una impudicia
y una falta a nuestra razón y a nuestra inteligencia.

El niño chico tiene hambre, ya sí.





También él con su triste fiambreira de colegio
tiene un hambre absurda de macarrones,
de un vaso de yogur caducado y hasta de una pequeña chuchería,
no sabe si comerá en verano, si en esto habrá también vacación,
colas como de auxilios sociales,
colas como si el tiempo regresara a la nana de la cebolla,
al vientre trágico de muchas bisabuelas.

El hombre de los periódicos también va a cerrar.
El peluquero hace ajustes de cuentas,
baja los precios y despide a su empleada.
El sur se ahoga,
y yo soy aquella muchacha que discutió con su madre para convencerla
que teníamos que empezar a crear.

Porque soy inocente hazme justicia, Señor.
Te hablo de mí,
de los asaltos que me proporcionó la tradición del mundo.
No me libré de su crónica sanguinaria en mi primera edad.
Vi la tonsura de los viejos albergues.
Las agujereadas ropas de los mendigos.
Escuché dónde se quedaban los ajuares, las bibliotecas de los abuelos,
las máquinas de coser, las pianolas, las sábanas de hilo...,
todo un mundo infeliz allí como una dejación de flores tristes,
y yo soy aquella muchacha
que discutió con su madre hasta convencerla,
de que todo iba a cambiar.
Esta vez sí, le dije,
esta vez sí tras la balada de aquellos parlamentos.

Mi madre ya no está, y yo ya soy como mi madre y como mi abuela
cuando se volvieron incrédulas,
cuando vieron cómo pueden cambiar los ideales del hombre
con el poder y el tiempo.

Debí estar loca para no creerlas. Ahora lo sé
cuando no encuentro en las casas ganas de vivir,
de preparar un ágape para amigos,
de quedar a comer, de ir al cine o de salir a comprar.
Sí, a comprar.

Comprar tendría que ser bueno.
Es bueno porque el dinero anda,
se mueve, va y viene y, a veces, llega a casi todos.

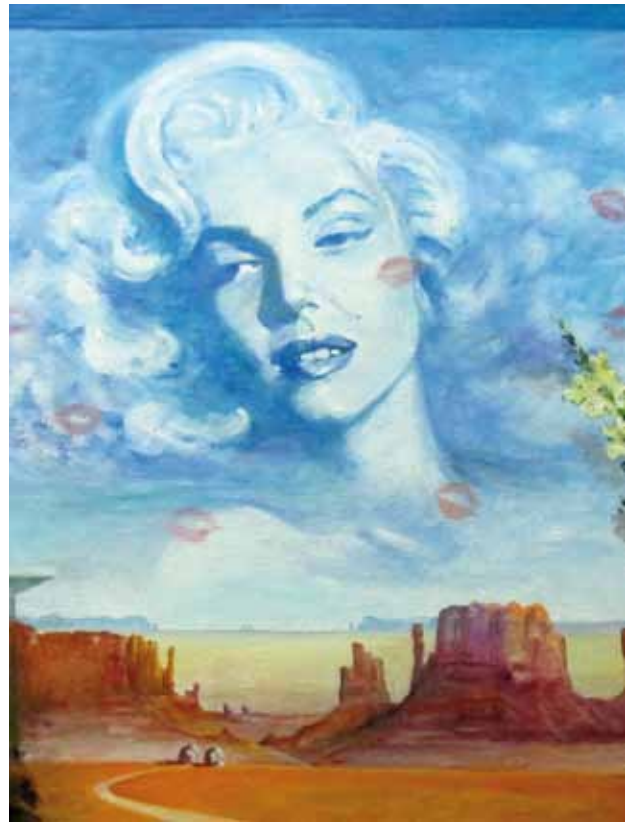
Recuerdo
cuando los niños querían ser médicos y arquitectos felices,
viajar a la luna, saber el flujo de otras fronteras
y pulsar el pulso de los aviones.

Si hubieran penalizado a los avaros
y a los marxistas cultos que aspiraron a burgueses,
todo sería más creíble.

Ahora,
decir que la mujer más poderosa del mundo no tiene corazón,
es una obviedad.
Y si digo Putin, Obama, Netanyahu, Musa Mara...
Ucrania, Afganistán, Mali, Estados Unidos o Israel...,
solamente habré dicho nombres.
Nombres que los mueven remotos intereses.
Nombres estampados en pliegos de papel
que no se apiadarán de los sentimientos,
de ninguno de nuestros sentimientos
y la diosa de gorro frigio va a vestirse de azul.

Verás,
yo tengo un nieto.
Un nieto brillante como tantos otros.
Un nieto que malvive en una ciudad que no es la suya
y estoy empezando a temer por él

(Inédito)



Dolores Dorantes



Dolores DORANTES (Córdoba, Veracruz, México. 1973) Escritora y periodista. Tiene 6 libros publicados y un blog que actualiza desde hace 13 años: www.doloresdorantes.blogspot.com. Vivió en Ciudad Juárez, Chihuahua por 25 años, donde escribió la mayoría de sus libros. Es fundadora de la organización Cielo Portátil, que promueve el estado creativo en poblaciones marginadas, a través de las artes, en Estados Unidos, donde tiene asilo político. Parte de su trabajo ha sido traducido al inglés, portugués, sueco, holandés, bengalí y alemán. Cuatro de los libros que escribió mientras vivió en la zona fronteriza del norte de México pueden descargarse de manera gratuita en este link: <http://doloresdorantes.blogspot.com/p/libros.html>

Libro de amor

(8 fragmentos)

Tuvimos que escribir un libro de amor para recordar algo. No sabemos qué, pero sentimos qué. Un espacio limpio dentro de la cocina donde nos escondes.

*

Este es un libro de amor aunque parezca el libro de un muerto. Es porque vivimos en lugares sin luz. En cocinas sin ventanas prácticamente todo el día, partiendo pescado. Pensamos en el mar. En el cuerpo libre dentro del agua. En olvidar todo. Pensamos en un anzuelo atravesando nuestro corazón. Un muelle donde tú nos arrastras. Un momento en que nuestros ojos llenos de amor se han detenido para siempre. Y no importa. Llegar a una cocina no importa. Que la corriente del comercio nos lleve de lugar en lugar no importa. Nuestros ojos se han detenido en el salto plateado del amor.

*

Descendemos del cuerpo sobre cuerpo donde dormimos apretados. Y nos encontramos ahí. Nos encontramos como si tuviéramos algo. En el centro de la oscuridad. Algún chofer vendrá y te pediremos que duermas con nosotros. Que veas los otros cuerpos como nuestra escalera. Y que nosotros deje de importar. Porque en este lugar tener es totalmente falso, queremos tus manos. Porque en este lugar tener es totalmente falso, antes de dormir, queremos el brillo de la moneda de tu voz.

*

Perder es el amor de un mundo oscuro dentro de otro mundo. Perder es este libro de amor. No sabemos en qué día vivimos. No merecemos salir al sol. Hablamos una lengua que quema porque en sus centros siempre carga un gancho que atraviesa o un filo. Nada de lo que nos dices es cierto. Nada de lo que escondes tras tu corazón brilla pero te construimos y entregamos nuestro pensamiento a la caricia de tu mano de infierno. Usamos el cuerpo de los otros dormidos como una escalera y bajamos de ahí para que tu flama nos envuelva, para tomar tu mano y abrazarte, con los pies bien puestos sobre otras cabezas.

*

Mientras caminamos sobre las cabezas de los otros la risa nos envuelve. La belleza de encima nos envuelve. Te hablamos desde nuestra clandestinidad. Desde nuestra desnutrición. Nuestra alma te llama, nuestra alma tiene ojos de fuego, para ti. Sube con nosotros, duerme con nosotros, sube con nosotros sobre los otros cuerpos. Úsanos como a los escalones. Habla por nosotros.

*

Estamos escribiendo con un cuchillo. Lo hundimos como hundimos nuestra mirada en el arcoíris tornasol de una escama. En cada línea de esos óvalos hay una vida. Una huella. Una pisada sobre algún desierto. Nosotros las hacemos volar. Y los desiertos vuelan. Las arenas viajan. Estamos escribiendo con el filo que desuella. Y la sangre es muy linda entre nuestros dedos. La sangre de mar nos transporta a tu beso. Te buscamos limpiando cada cuerpo por dentro, iluminando cada lugar con la punta de nuestro filo ¿Dónde estás, amor? ¿Dónde quedó tu ruido que viajaba en el viento?

*

¿Qué es una gran ciudad? Una gran ciudad era tu mente. Estamos rodeados de azulejos blancos, de higiénicos aromas. Con sus luces azules era tu mente, que se escapaba al mar. Estamos rodeados de animales muertos que debemos limpiar. Desde que amanece. A través de los edificios abandonados tu mente, se conectaba con nuestro corazón. A través de sótanos húmedos y oscuros llegabas hasta aquí. Amamos el salto de la sangre con el que inauguramos nuestros días. En la completa ausencia de dolor, en el salto del brillo y del corte, está tu beso.

*

Podría ser maravilloso ¿No crees? Que tu mano temblara de miedo (tu mano, que no se puede tocar) y como ciega anduviera sin saber. Sabemos que vienes como ola cada vez que posamos la mirada en el filo. Sabemos que te acercas y que la sangre entre nuestros dedos es igual a tu beso y a tu boca. Sabemos que vendrás con tu mano de mar, con el reflejo fino a darnos aire. Aire del agua. Aire de besar.

*

La estrella reflejada en el mar de tu mano dijo “una mujer.” Pero nosotros no somos una mujer. Fuimos o éramos un lugar que los coyotes amorosamente reventaron en el desierto. Fuimos o éramos un juguete vacío que alguien perdió dentro de la noche. Pero nosotros no somos una mujer, somos, lo que no puede regresar. Lo que se esconde de sí mismo. Y piensa en tu mano de mar como un refugio. En la estrella de tu mano de mar como cofre donde no habrá reflejo. *No nos veremos más. No nos veremos más.*

